

EL VALLE DE LAS MUÑECAS

Jacqueline Susann



QUATERNI

Traducción autorizada de la edición original en lengua inglesa
VALLEY OF THE DOLLS by Jacqueline Susann
Copyright © 1966 by Tiger, LLC

Copyright © 2010 Quaterni de la edición en lengua española
© Quaterni es un sello y marca comercial registrado por
Grupo Ramírez Cogollor, S.L. (Grupo RC)
Traducción: Manuel Herrero Molina, a quien la editorial no ha localizado pero
reconoce sus derechos, revisada y actualizada por el equipo de Quaterni.

EL VALLE DE LAS MUÑECAS. Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido
está protegido por la Ley vigente, que establece penas de prisión y/o multas a
quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra
literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución
en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización
previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937009-6-6
EAN: 9788493700966

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2
Parque Empresarial Inbisa, N-6 - P. I. Las Fronteras
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: Jose L. Ramírez C.
Diseño colección y texto: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Maquetación: Sinodal, S.L.
Impresión y encuadernación:
Depósito Legal: M-
Impreso en España

15 14 13 12 11 10 (05)

Anne

Septiembre, 1945

La temperatura subió a 42 grados el día de su llegada. Nueva York ardía como una bestia de hormigón sorprendida por una oleada de fuego. Pero a ella no le importaba la temperatura ni el caos de aquella plaza llamada Times Square. Consideraba Nueva York como la ciudad más apasionante del mundo.

La chica de la oficina de empleo sonrió.

—¡Aaah!, eres una ganga incluso sin experiencia. Todas las buenas secretarías trabajan en esos empleos tan bien remunerados, pero, de verdad, guapa, si yo tuviera tu tipo me iba derechita a John Powers o a Conover.

—¿Quiénes son?

—Los que dirigen las mejores agencias de modelos de la ciudad. Es un trabajo que me encantaría, pero soy demasiado baja y no estoy lo suficientemente delgada... Pero tú eres precisamente lo que buscan.

—Prefiero trabajar en una oficina —alegó Anne.

—Como quieras, pero creo que estás loca —dijo entregando varios papeles a Anne—. Todos éstos son empleos magníficos, pero ve primero a Henry Bellamy. Es un abogado teatral muy importante. Su secretaria acaba de casarse con John Walsh. —No advirtiendo reacción alguna en Anne, la chica continuó—: Bueno, ¡no me digas que no has oído hablar de John Walsh! ¡Tiene tres Óscar y acabo de leer que va a traerse a la Garbo y dirigir su vuelta al plató!

La sonrisa de Anne convenció a la chica de que nunca olvidaría a Walsh.

—Bien, voy a darte una idea del negocio y de la clase de gente con la que tienes que tratar. Bellamy & Bellows es una oficina muy importante. Tienen clientes muy famosos. Y Myma, la chica que se ha casado con John Walsh, no tiene tu tipo ni en sueños. Encontrarás enseguida un buen caballo.

—¿Un qué...?

—Un fulano..., puede que un marido. —La chica echó un vistazo a la hoja de solicitud de Anne—. Oye, ¿de dónde dices que eres? El sitio ese está en América, ¿no?

Anne sonrió:

—Lawrenceville. Al principio del Cabo, a una hora de Boston. Y si hubiera querido un marido, me hubiese quedado allí. En Lawrenceville todas se casan en cuanto salen de la escuela. Yo quiero trabajar antes.

—¿Y te fuiste de un sitio así? Aquí todas buscan marido. Incluyéndome a mí. Tal vez puedas mandarme a esa Lawrenceville con una carta de presentación.

—¿Es que te casarías con cualquiera? —Anne sentía curiosidad.

—No con cualquiera. Con cualquiera que ofrezca un abrigo de castor, una asistenta, y me deje dormir hasta las doce todos los días. Los tipos que conozco sólo esperan que siga trabajando y que al mismo tiempo sea una especie de Carole Landis en *négligée* que les guise platos exquisitos. —Anne rió—. Muy bien, ya verás —continuó la chica—, espera a salir con alguno de los romeos de por aquí. Me apuesto lo que quieras a que echas a correr para coger el primer tren que vaya a Lawrenceville. No te olvides de pasar por aquí para llevarme contigo.

¡Jamás volvería a Lawrenceville! No se había marchado de Lawrenceville: había escapado. Escapado de un matrimonio con algún buen muchacho de Lawrenceville, de la vida sólida y ordenada de Lawrenceville. La misma vida que llevara su madre. Y la madre de su madre. En el mismo tipo de casa ordenada. La casa que una buena familia de Nueva Inglaterra había habitado generación tras generación

dando cobijo a moradores dominados por emociones metódicas y apacibles, emociones contenidas bajo la férrea armadura denominada *modales*.

—Anne, una señorita jamás se ríe fuerte. Anne, una señorita nunca llora en público.

—Pero no es en público, estoy llorando ante ti, mamá, y en la cocina.

—Una señorita llora en privado. Ya no eres una niña, Anne, tienes doce años, y tía Amy está aquí en la cocina, y ahora ve a tu habitación.

Y en cierto modo, Lawrenceville la había perseguido hasta Radcliffe. Compañeras que reían, lloraban, cotilleaban y gozaban de los flujos y reflujos de la vida, pero que nunca la invitaron a entrar en su mundo. Era como si llevase un cartel diciendo: «Apartaos. Tipo Nueva Inglaterra, frío y reservado». Se refugió cada vez más en los libros. Y también en ellos encontró, repetido innumerables veces, el mismo esquema, como si todos los escritores hubieran optado por escapar de su ciudad natal. Hemingway alternaba entre Europa, Cuba y Bimini. El infortunado, descarriado e inteligente Fitzgerald había, también, vivido en el extranjero. Y hasta Sinclair Lewis, coloradote y de apariencia maciza, encontró pasión y aventuras en Europa.

¡Se escaparía de Lawrenceville! Era facilísimo. Tomó la decisión en el último curso de la escuela y se la comunicó a su madre y a tía Amy durante las vacaciones de Pascua.

—Mamá... tía Amy... Cuando acabe el curso me voy a Nueva York.

—Es un lugar horrendo para pasar las vacaciones.

—Pienso vivir allí.

—¿Lo has consultado con Willie Henderson?

—No, ¿por qué?

—Bien, salís juntos desde los dieciséis años. Todos suponen...

—Eso es. En Lawrenceville todo se supone.

—Anne, estás levantando la voz —dijo su madre tranquila—. Willie Henderson es un magnífico muchacho. Fui al colegio con sus padres.

—Pero yo no lo quiero, mamá.

—Ningún hombre merece ser amado —terció tía Amy.

—¿Tú no amabas a papá, mamá?

Más que una pregunta, aquellas palabras semejaban una acusación.

—Claro que le quise —dijo su madre con un ligero temblor en la voz—, lo que quiere decir tía Amy es... bueno... los hombres son diferentes. No piensan ni reaccionan como las mujeres. Por ejemplo, tu padre. Era un hombre muy difícil de llevar. Impulsivo, y le gustaba beber. Si se hubiera casado con otra mujer, habría acabado mal.

—Nunca vi beber a papá —dijo la muchacha saliendo en defensa de su padre.

—Claro que no. Era durante la Ley Seca y yo jamás guardaba en casa una gota de licor. Le quité el hábito antes de que se acostumbrara. ¡Oh! ¡Menudos modales tenía al principio! Su abuela era francesa, ya lo sabes.

—Los latinos siempre son algo locos —corroboró tía Amy.

—¡Papá no tenía nada de loco! —Anne, repentinamente, deseó haberle conocido mejor. Parecía tan lejano... el día que se desplomó en el suelo, allí mismo, en la cocina. Ella tenía doce años. Él no dijo palabra, se derrumbó y murió en silencio antes de que llegara el médico.

—Tienes razón, Anne, tu padre no tenía nada de loco. Era un hombre, un hombre bueno. No olvides, Anne, que su madre era una Bannister. Ellie Bannister fue al colegio con nuestra madre.

—Pero, mamá, ¿no quisiste de verdad a papá? Quiero decir, cuando un hombre te ama, te coge en sus brazos y te besa, debe ser maravilloso ¿no? ¿No fue nunca maravilloso con papá?

—¡Anne! ¿Cómo te atreves a preguntar a tu madre una cosa así? —exclamó tía Amy.

—Desgraciadamente, besar no es lo único que un hombre espera después del matrimonio —respondió su madre secamente. Luego continuó, cautelosa: —¿Has besado alguna vez a Willie Henderson?

Anne hizo una mueca.

—Sí... varias veces.

—¿Y te gustó? —preguntó su madre.

—Lo odio. Sus labios son blandos, pegajosos y le huele el aliento.

—¿Has besado a algún otro muchacho?

Anne se encogió de hombros.

—Hace años, cuando empecé a salir con Willie, en reuniones en que jugábamos a la *botella**. Creo que debo haber besado a todos los chicos de la ciudad y, por lo que recuerdo, cada beso era más repulsivo que el anterior —sonrió—. Madre, creo que en Lawrenceville no hay nadie que bese como es debido.

Su madre recobró el buen humor.

—Eres una señorita, Anne. Por eso no te gusta besar. A ninguna señorita le gusta.

—Oh, mamá, no sé lo que me gusta ni lo que soy. Por eso quiero ir a Nueva York.

Su madre se encogió de hombros.

—Anne, dispones de cinco mil dólares. Tu padre te los dejó para que los emplearas a tu gusto. Cuando yo no esté tendrás mucho más. No somos ricos como los Henderson, pero estamos en buena posición y nuestra familia tiene un nombre en Lawrenceville. Quisiera que volvieras y te instalaras en esta casa. Mi madre nació en ella. Desde luego, tal vez Willie Henderson desee añadirle un ala... hay mucho terreno... pero al menos será vuestra casa.

—¡No quiero a Willie Henderson, mamá!

—El amor de que hablas no existe más que en las películas y en las novelas baratas. Amor es compañerismo, gozar de amigos comunes e intereses iguales. El sexo es la connotación con que designamos al amor, y déjame decirte, jovencita, que si existe, y cuando existe, muere inmediatamente después del matrimonio, o en cuanto la chica se da cuenta de en qué consiste. Ve a Nueva York, no deseo interponerme en tu camino. Estoy segura de que Willie te esperará. Pero recuerda mis palabras, Anne, dentro de unas semanas volverás aquí, satisfecha de abandonar esa inmundicia ciudad.

Y así la halló en efecto, el día de su llegada, inmundicia, sofocante y repleta de gente. Marineros y soldados vagabundeaban por Broadway con aire desenfadado, como quien está de vacaciones y feliz por el fin

* Juego de parejas.

de la guerra. Pero pese a la suciedad, al calor pegajoso y al ambiente desconocido, Anne había experimentado una cierta emoción y ansias de vivir. Las calles sucias y las aceras cuarteadas de Nueva York hacían que el aire límpido y los árboles de Nueva Inglaterra se le antojasen ahora fríos y sin vida. El hombre barbudo que retiró de la ventana el cartel de «Se alquila una habitación», tras cobrar el importe de una semana por adelantado, se parecía al señor Kingston, el cartero de casa, pero sonreía con mayor afabilidad.

—No es gran cosa, admitió, pero tiene el techo alto y así se ventila mejor. Si necesita algo, siempre estoy por aquí. Sintió que ella le gustaba y él le gustaba a ella. En Nueva York se aceptaba a la gente por el rostro, como si acabaran de nacer, como si carecieran de un pasado que contar u ocultar.

Y ahora, ante la enorme puerta de vidrio de Bellamy & Bellows, esperaba encontrar idéntica aceptación por parte de Henry Bellamy.

Henry Bellamy no daba crédito a sus ojos. Aquella chica no podía ser real. Dentro de su tipo era una de las más guapas que había visto en su vida, y eso que estaba acostumbrado a ver chicas bonitas. Además, en vez de llevar el agresivo peinado *pompadour* y los *zapatos de plataforma* que estaban de moda, llevaba el pelo suelto, natural, de un color rubio claro que parecía auténtico. Pero eran sus ojos lo que más llamaba su atención. Completamente azules, azul cielo, aunque fríos.

—¿Por qué quiere usted este empleo, señorita Welles?

Por alguna extraña razón se sentía nervioso. ¡Qué diablos, intrigado! Iba vestida de oscuro con sencillez, sin ninguna joya, salvo un diminuto reloj de pulsera. Sin embargo, había algo en ella que delataba su necesidad de trabajo.

—Quiero vivir en Nueva York, señor Bellamy.

Nada más. Una respuesta tajante. ¿Por qué le hacía sentirse retraído? Tenía derecho a formular preguntas a la muchacha. Y, si eran demasiado simples, tal vez no aceptase el empleo. ¡Qué tontería! Estaba allí sentada, ¿no? No había venido a tomar el té, precisamente. Entonces, ¿por qué se sentía como si fuera él el solicitante, tratando de causar buena impresión a la chica?

Lanzó una ojeada al impreso de la agencia.

—Veinte años y licenciada en lengua inglesa en Radcliffe, ¿eh? Ninguna experiencia de oficina. Bueno, dígame: ¿de qué va a servirme todo este magnífico historial académico aquí? ¿Me ayudará a manejar a una fulana como Helen Lawson o a conseguir que un borracho como Bob Wolfe me entregue a tiempo el guión radiofónico semanal? ¿O a convencer a un cantante de segunda de que deje la oficina de Johnson Harris y me confíe sus asuntos?

—¿Tengo que hacer todo eso? —preguntó ella.

—Usted no, yo. Pero tiene que ayudarme.

—Creí que era usted abogado.

Vio que la muchacha tomaba sus guantes. Le dirigió una de sus sonrisas tranquilizadoras.

—Soy un abogado teatral. Existe una diferencia. Redacto contratos para mis clientes. Contratos que no tengan trampas más que a su favor. También me encargo de los impuestos, les ayudo a invertir el dinero, los saco de apuros, los asesoro en sus problemas conyugales, los protejo de sus esposas y de sus queridas, hago de abuelo y de niñera con sus hijos, sobre todo cuando presentan un nuevo espectáculo.

—Pensaba que los actores y escritores tenían representantes y agentes.

—Los tienen —advirtió que la muchacha había vuelto a dejar los guantes sobre el regazo—, pero los monstruos del tipo que yo manejo necesitan también mis consejos. Por ejemplo, un agente les indica el contrato mejor pagado. Le interesa su diez por ciento. Pero yo les digo cuál es el trabajo que más les conviene. Resumiendo, un abogado teatral tiene que ser una mezcla de agente, madre y dios. Y si usted obtiene el empleo, tendrá que ser una especie de santo intercesor.

Anne sonrió.

—¿Por qué no sustituyen a todos los agentes y representantes por abogados teatrales?

—Seguramente lo harían si hubiese suficientes *schmucks* como yo —se corrigió inmediatamente—. Perdóneme el lenguaje. Cuando empiezo a charlar no me doy cuenta de lo que digo.

—¿Qué lenguaje? ¿*Schmuck*? —repitió ella, curiosa.

Dicho por la muchacha sonaba tan insultante que el abogado no pudo contener una carcajada.

—Es una palabra judía, y la traducción literal la haría enrojecer. Pero en argot significa «droga»... Oh, no se deje engañar por el rótulo imaginario de Bellamy ni por mi extravagante cara episcopal. Mi apellido es Birnbaum. De muchacho trabajaba como director de espectáculos en un crucero y escribía la columna sobre el mar. No les gustaba que las crónicas llevaran la firma Birnbaum; así que alguien sugirió Bellamy. En las travesías conocí a mucha gente importante. Una cantante fue mi primer cliente. Empezaron a conocerme por Bellamy y me quedé con el apellido. Pero nunca permití que nadie olvidara que bajo el Bellamy alentaba siempre un Birnbaum* —sonrió—. Bueno, ya lo sabe usted todo, ¿cree que puede hacerlo?

Esta vez su sonrisa fue sincera.

—Me gustaría intentarlo. Escribo a máquina bastante bien, pero no sé mucha taquigrafía.

Él hizo un gesto con la mano.

—Tengo dos elementos ahí afuera capaces de ganar un campeonato de taquigrafía. Necesito alguien que sea algo más que una secretaria.

La sonrisa de ella desapareció.

—No comprendo.

¡Diablos! No había querido decir nada de eso. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro. ¡Dios!, la muchacha estaba sentada en el sillón, rígida.

Inconscientemente, él se incorporó.

—Mire, señorita Welles, ser más que una secretaria significa no depender de la rutina de nueve a cinco. En ocasiones no tendrá que venir hasta mediodía. Si la he obligado a trabajar toda la noche no la haré venir por la mañana. Pero, por otra parte, si hay jaleo, aunque haya trabajado toda la noche, la esperaré antes de la hora, pero vendrá usted por iniciativa suya. En una palabra, usted organiza su horario. Pero también tendrá que sacrificar alguna noche. Hizo una pausa un segundo pero, como ella no reaccionaba, continuó apresuradamente:

* En alemán, «peral».

—Digamos que tengo una cena en el 21 con un posible cliente. Si acierto en la cena y en lo que tengo que decirle, es casi seguro que firmará. Pero puede que tenga que tomar cinco o seis copas con él y oír sus quejas contra el representante actual. Por supuesto yo le juro que no haré nada de eso. Le prometo todo: la luna, con su nombre en ella. Naturalmente no puedo darle todo lo que le prometo. Nadie puede hacerlo. Deseo esforzarme por evitar los errores de su representante actual y cumplir tantas promesas como pueda, sólo que a la mañana siguiente no recordaré palabra de lo dicho. Ahí interviene usted. Usted, que no tendrá resaca, porque durante la maravillosa velada habrá tomado un solo jerez, recordará cuanto se haya dicho. Me presentará una lista de las promesas que hice para que las estudie con la cabeza despejada.

Ella sonrió.

—Seré una especie de dictáfono humano.

—Exacto. ¿Cree que puede hacerlo?

—Tengo una memoria excelente y detesto el jerez.

Esta vez rieron al unísono.

—De acuerdo, Anne. ¿Empezamos mañana?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Trabajaré también para el señor Bellows?

Él miró al vacío y dijo, pausadamente:

No hay tal señor Bellows. Bueno, está George, su sobrino, pero él no es el Bellows de Bellamy & Bellows. Era su tío Jim Bellows. Le compré su parte antes de que se fuera a la guerra. Intenté disuadirle, pero no pude. Se fue a Washington... y lo mandaron con su uniforme de la armada a una misión. Lanzó un suspiro. La guerra es para los jóvenes. Jim Bellows tenía cincuenta y tres. Demasiado viejo para la guerra..., pero demasiado joven para morir.

—¿Murió en Europa o en el Pacífico?

—¡Murió en un submarino de un ataque al corazón! ¡El muy estúpido!

Pero, tras la grosería de la expresión, se traslucía el gran afecto que debió sentir por el muerto. Luego, con un brusco cambio de humor, esbozó una de sus cálidas sonrisas.

—Muy bien, Anne, creo que ya hemos hablado lo suficiente sobre nuestras respectivas historias. Puedo darle 75 dólares semanales para empezar, ¿qué tal?

Era más de lo que esperaba. Tenía que pagar dieciocho por la habitación; unos quince para comer. Repuso que podía arreglarse perfectamente.

Octubre, 1945

Septiembre fue un buen mes. Había encontrado un empleo que le gustaba, una simpática amiga llamada Neely y un agradable muchacho llamado Allen Cooper que la acompañaba.

Octubre trajo a Lyon Burke.

Las dos secretarias y la recepcionista la acogieron cordialmente. Almorzaba con ellas todos los días en el *drugstore* de la esquina. Lyon Burke constituía su tema de conversación favorito, y la señorita Steinberg, la secretaria más antigua, era una experta en el tema. Llevaba diez años con Henry Bellamy. Conocía a Lyon Burke.

Cuando estalló la guerra, Lyon llevaba dos años en la oficina. Se alistó al día siguiente de Pearl Harbour. Jim Bellows había sugerido que su sobrino se uniera a la firma. Henry no tenía nada en contra de George, pero siempre se negó: «La familia no hay que mezclarla con los negocios», repetía. Pero, una vez que Lyon se marchó, no quedaba otra alternativa.

Nada tenía en contra de George. Era un buen abogado, pero le faltaba la calidad de Lyon Burke, al menos en opinión de la señorita Steinberg. Todo el personal de la oficina siguió con gran atención las actividades de Lyon durante la guerra y, cuando le ascendieron a capitán, Henry dio a todos medio día libre para celebrarlo. La última carta llegó de Londres, en agosto. Lyon vivía, Lyon enviaba recuerdos, pero Lyon no decía ni palabra de volver.

Al principio, Henry revisaba el correo todas las semanas. Cuando transcurrió septiembre sin noticias, se resignó para siempre a su ausencia en la firma. Pero la señorita Steinberg no se dio por vencida. Y tuvo razón. El telegrama llegó en octubre.

Era concreto y terminante:

Querido Henry: Bien, se acabó y sigo entero. Visité parientes en Londres y me quedé en Brighton para playa y descanso. Estoy en Washington esperando licenciamiento oficial. En cuanto me dejen cambiar el uniforme por mi viejo traje azul vuelvo. Recuerdos.

Al leer el telegrama el rostro de Henry se iluminó. Saltó de su sillón.

¡Lyon vuelve! ¡Diablos, estaba seguro!

Durante diez días la oficina fue un caos de decoradores, nervios y cotilleo especulativo.

—No puedo esperar —suspiraba la recepcionista—, seguro que es mi tipo.

La sonrisa de la señorita Steinberg estaba como cargada de secretos conocimientos.

—Es el tipo de todas, guapa. Si el aspecto no te impresiona lo suficiente, su acento inglés hace el resto.

—¿Es inglés? —preguntó Anne, sorprendida.

—Nació aquí —explicó la señorita Steinberg—. Su madre era Nell Lyori. No es de tu época. Tampoco de la mía. Fue una famosa actriz inglesa de *music hall*. Vino con un espectáculo y se casó con un abogado americano, Tom Burke. Luego se retiró del escenario y Lyon nació aquí, así que es ciudadano americano. Pero su madre conservó la nacionalidad británica y, al morir el padre de Lyon (creo que el muchacho tenía entonces cinco años), se lo llevó a Londres. Ella volvió a las tablas y él fue al colegio en Inglaterra. Cuando murió su madre, regresó aquí y continuó estudiando Derecho.

—Sé que me enamoraré perdidamente de él —dijo la secretaria más joven.

La señorita Steinberg se encogió de hombros.

—Todas las de la oficina están locas por él. Pero estoy deseando ver cómo reacciona cuando te conozca, Anne.

—¿A mí? —preguntó Anne, sorprendida.

—Sí, a ti. Sois de la misma condición. Reservados. Sólo que Lyon engaña con esa sonrisa suya y al principio te desconcierta. Crees que es muy amable. Pero en realidad nunca lo conoces a fondo. Nadie. Ni siquiera el señor Bellamy. En su interior, el señor Bellamy teme a Lyon, y no por su aspecto o sus modales. Lyon se entrega. Ya veréis, un día de éstos Lyon Burke se hará el amo de la ciudad. Yo he visto al señor Bellamy llevar a cabo un par de asuntos brillantes, pero tiene que ganarlos a pulso, paso a paso, porque todos saben que es astuto y están prevenidos. Lyon aparece con su encanto inglés y su aspecto de actor de cine y ¡pam!, se sale con la suya a las primeras de cambio. Pero, pasado un rato, una advierte que no sabe cómo es en realidad ni lo que piensa de ti o de cualquiera. Lo que quiero decir es que da la impresión de que todo el mundo le gusta por igual. Y una tiene la sensación de que en el fondo nada ni nadie le importa demasiado salvo el trabajo. Por él, es capaz de cualquier cosa. Pero, pienses lo que pienses de Lyon Burke, te encanta y lo encuentras adorable.

El segundo telegrama llegó diez días después, un viernes por la mañana:

Querido Henry: Tengo traje azul. Llego a Nueva York mañana noche. Iré directo a tu piso. Mira si puedes reservar hotel. Espero empezar lunes. Recuerdos. Lyon.

Para celebrarlo, Henry Bellamy se marchó a mediodía. Anne estaba terminando de abrir el correo cuando George Bellows se detuvo ante su mesa.

—¿Por qué no vamos a algún sitio y lo celebramos también? —preguntó, sin darle importancia.

La joven no pudo ocultar su asombro. Hasta el momento, sus relaciones con George Bellows se habían limitado a los buenos días oficiales y a una inclinación de cabeza de vez en cuando.

—La estoy invitando a comer —explicó.

—Lo siento, pero prometí a las chicas ir con ellas al *drugstore*.

La ayudó a ponerse el abrigo.

—¡Qué lástima! —dijo—. Tal vez sea nuestro último día en la Tierra.

—Sonrió cabizbajo y se dirigió apresuradamente a su despacho.